

Rueda Estrada, Verónica, (2015) *Recompas, Recontras, Revueltos y Rearmados. Posguerra y conflictos por la tierra en Nicaragua 1990-2008*. México, Instituto Mora/Conacyt/ CIALC-UNAM, 518 págs.

Guillermo Fernández Ampié
Universidad Nacional Autónoma de México

Con asesoría y financiamiento del gobierno de Estados Unidos, entonces dirigido por el Presidente Ronald Reagan, en la década de los años 80 del siglo XX se formó un numeroso ejército irregular que durante casi diez años acosó y desangró los esfuerzos del gobierno de Nicaragua que en ese tiempo pretendía mejorar las condiciones de vida de la población. Esa fuerza irregular, oficialmente autodenominada Resistencia Nicaragüense, fue mejor conocida como "La Contra", y a sus integrantes se les llamó los "contras". Ellos fueron el principal instrumento de la política exterior estadounidense para hacer fracasar el proyecto revolucionario encabezado por el Frente Sandinista que en julio de 1979 derrocó al dictador Anastasio Somoza Debayle, el hombre fuerte de los estadounidenses en América Central.

Una vez cumplido su cometido, los "contras" fueron abandonados a su suerte por sus patrocinadores. Así, hombres y mujeres que voluntaria o involuntariamente y por los más diversos motivos habían integrado ese ejército al servicio de Estados Unidos, se encontraron de pronto frente a su triste realidad: desamparados, más pobres que antes de la guerra, casi como parias, muchos de ellos lisiados. Una vez desmovilizados, llamados ahora excontras, comenzaron a demandar tierras y asistencia social para reinsertarse a la vida civil, y para ello nuevamente tuvieron

que recurrir a las armas. Esta es la historia que Verónica Rueda Estrada, doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, investigadora y docente de la Universidad de Quintana Roo, aborda en este voluminoso texto producto de numerosas entrevistas realizadas como parte de su investigación de tesis doctoral.

El libro viene a poner nuevamente a discusión algunos temas como el carácter de las fuerzas contrarrevolucionarias, el papel que en ella jugaron ex oficiales de Guardia Nacional de Somoza, desbandada hacia los países vecinos de Nicaragua al momento del último estertor de la dictadura, y su financiamiento ilegal (aunque la autora no aborda los vínculos de estos grupos con el narcotráfico), algunos de ellos ya ampliamente documentados. Es notable la manera en que los excontras, a más de veinte años de distancia, recuerdan e intentan justificar su participación en una confrontación bélica que en definitiva no era a favor de sus intereses en tanto grupo social; y cómo construyen una versión de la historia y una interpretación del conflicto que haga sentido a sus experiencias, a su disposición de lanzarse a la guerra y poner en riesgo sus vidas por una política que no estaba diseñada para beneficiarles. En este aspecto, también llama la atención que la autora presente como propios los argumentos de los antiguos combatientes contras y la visión que estos tienen de sí mismos y de su accionar. Uno podría llegar a deducir que se dispuso, especialmente en los primeros capítulos, a escribir la versión que tiene “la contra” de ese conflicto armado, y de su interpretación de los hechos posteriores, lo que en mi opinión resulta el punto más débil del texto.

“La Contra fue un ejército campesino que luchó por la propiedad de la tierra bajo los esquemas tradicionales y en contra de las imposiciones sandinista”, afirma la autora de manera contundente. Sin embargo, el análisis de la información que ofrece su obra permite hacer una clara distinción entre dos momentos o etapas del ejército contrarrevolucionario: uno, durante guerra, y otro, una vez desmovilizados.

En la primera, al operar bajo instrucciones y con financiamiento estadounidense, y para lograr los objetivos trazados por el gobierno de Estados Unidos para destruir el proceso revolucionario sandinista, es innegable y está ampliamente documentado que los “contras” actuaron como un ejército mercenario que agredió a su propio país. El hecho de haber estado integrado mayoritariamente por campesinos no lo convierte automática ni únicamente en un ejército campesino, y mucho menos en una fuerza que luchaba por los intereses o el bienestar de los campesinos. De hecho, repitieron el mismo patrón de la Guardia Nacional, el ejército personal de Somoza, que también estuvo integrado por campesinos pobres y por jóvenes urbanos que miraban en la carrera militar el único medio para salir de su pobreza. Esta es la enorme “tragedia campesina”, tal como fue titulado el primer texto dedicado a los excontras, publicado en Nicaragua 1991, apenas terminada la guerra. *Recontras, Reconpas, Revueltos y Rearmados*, confirma este sino trágico de los campesinos “contras”.

Prueba de lo anterior es que en los años en los que hizo la guerra al gobierno sandinista, y mientras estuvieron amparados bajo la bandera y los designios estadounidenses, los grupos “contras” no presentaron demandas agrarias, ni exigieron políticas destinadas a favorecer al campo. Así puede comprobarse en diferentes textos sobre el tema. La propia autora parece confirmar esta aseveración. Partiendo de las múltiples entrevistas realizadas, Rueda Estrada ofrece un listado de las motivaciones con las que los excontras argumentan o explican por qué tomaron las armas contra el gobierno sandinista. En su listado podemos leer: respeto a la propiedad privada, luchar contra el comunismo, el rechazo al reclutamiento del servicio militar (que se vio obligado a imponer el gobierno sandinista debido al propio accionar contrarrevolucionario), hechos que se consideraron abusos del FSLN, para exigir democracia y libertad, contra las medidas de racionamiento alimenticio, en rechazo a lo que consideraban adoctrinamiento, la incomprensión sandinista a los derechos y las tradiciones indígenas, por “la veneración a Fidel Castro” y “la sub-

ordinación a Cuba”, por razones familiares y por rebeldía juvenil. Ningún “contra” parece argumentar que fue a la guerra para exigir a los sandinistas que le entregaran tierra, que devolvieran su propiedad confiscada, o para exigir créditos agrícolas o la titulación de las tierras otorgadas por la revolución a campesinos pobres. Esas demandas tampoco están presentes en los documentos “contras” que hasta ahora se conocen.

Por otra parte, de las repuestas de los “contras” sí puede inferirse, incluso confirmar, la manipulación ideológica de la que fueron víctimas. Esto puede ejemplificarse con dos aspectos, entre muchos. En varios de sus testimonios los contras expresan su rechazo a la reforma agraria sandinista, que conciben solo como un proceso de estatización de la tierra, cuando es fácil comprobar, y así lo han hecho varios estudios, que el sandinismo practicó tres modalidades de reforma agraria y distribución de tierras: áreas que pasaron a control estatal, propiedades entregadas a campesinos organizados en cooperativas y parcelas distribuidas individualmente. Asimismo, el gobierno sandinista también respaldó a numerosos pequeños y medianos productores agrícolas, lo que llevó a la creación de la Unión Nacional de Productores Agrícolas y Ganaderos, hecho que comprueba el respeto sandinista a formas de propiedad privada de la tierra.

El otro ejemplo se refiere a la religión. Muchos de los “contras” aseguran haber sido perseguidos por sus convicciones religiosas, y este fue también otro eje de ataque estadounidense contra la revolución sandinista. Es más, los excontras acusan al gobierno del FSLN y a todos los sandinistas y sus simpatizantes de ser ateos y comunistas. Esto resulta paradójico cuando constatamos que en el gabinete del gobierno sandinista también estaban integrados varios sacerdotes católicos, cuatro de ellos al frente de ministerios de mucha relevancia, como el de Relaciones Exteriores y el de Educación. De hecho, una de las características que por su novedad distinguió a la revolución nicaragüense fue la masiva participación de grupos y personalidades religiosas cristianas.

El segundo momento de la “contra”, ahora excontra, comienza precisamente en 1990, cuando abandonan las armas. En esta etapa, una vez que se extraen de la influencia y los designios de la política exterior del gobierno de Estados Unidos, comienzan a luchar por beneficios sociales y a demandar tierras para la producción. Pero esta lucha tampoco está exenta de contradicciones y de sentido trágico, pues en lugar de emprenderla contra sus adversarios de clase, los terratenientes y antiguos propietarios que comenzaron a restablecer sus latifundios al amparo del gobierno de Violeta Chamorro, atacaron y lucharon contra otros campesinos tan pobres como ellos: los que habían sido beneficiados por la reforma agraria sandinista.

Otra diferencia que permite hacer el texto de Rueda Estrada es la que puede establecerse entre el movimiento “contra”-campesino, que tuvo su origen y siempre fue instrumento de la política exterior del gobierno de Estados Unidos, y los grupos “contras” de origen indígena, integrados principalmente por combatientes miskitos. Estos, desde el mismo momento en que se alzaron en armas, hicieron demandas legítimas y lucharon por ellas; demandas que tenían un sustrato histórico, como el respeto y la autonomía política en su territorio. Los “contras” indígenas parecen haber estado siempre claros de este hecho. Por otra parte, cuando el gobierno sandinista lo comprendió así, pudieron establecer negociaciones, alcanzar determinados acuerdos y lograr la desmovilización de estos grupos. El principal resultado de estos convenios fue la promulgación por el parlamento nicaragüense, en 1987, del Estatuto de Autonomía para los pueblos de la región caribeña de Nicaragua. De manera que resulta fácil comprobar que, más que en beneficio de la política exterior estadounidenses, los indígenas alzados en armas combatieron al gobierno sandinista motivados por una problemática propia, en defensa de sus propios intereses.

En resumen, el libro recoge y presenta muchas de las contradicciones y paradojas entre las que se desarrolla la participación campesina en el movimiento contrarrevolucionario y las de la propia revolución sandinista. Su aporte

fundamental es el recuento, seguimiento y sistematización que hace la autora de los numerosos grupos y las acciones que realizaron los desmovilizados tanto de la "Contra" como de ex miembros del Ejército Popular Sandinista y del Ministerio del Interior, y de los distintos acuerdos firmados entre las autoridades y los dirigentes y representantes de esos grupos, a fin de lograr su definitiva desmovilización, tampoco no exenta de contradicciones. La principal de éstas, y lo dice la autora en sus conclusiones, que los excontras, opuestos en su momento a las cooperativas campesinas organizadas por la revolución sandinista, ahora también buscan cómo ser organizados en asociaciones cooperativas; una contradicción que tal vez otro estudio pueda aclarar.